

URBANISMO ESTETICO

CIUDAD - RODRIGO

BREVE descanso en Salamanca, pero suficiente para agitar el sentido artístico más profano. La impresión de inquietud que proporciona, con densidades estéticas indefinibles, el Patio del Seminario, se complementa con elegancias de bella geometría, al deambular por los soportales de la famosa Plaza Mayor. No quisiéramos ver más, pero la calle se cierra al fondo con la Catedral, que, en su soberbia arquitectónica, impide divisar—y por eso diríamos que casi nos molesta—la humildad prodigiosa de la Torre del Gallo.

Paisaje luego, desde la carretera, amplio, de bosques interminables, negruzcos en su masa de inmensos encinares, tan solo vencidos por el hombre, alrededor de los pueblos.

Cien kilómetros, al Poniente de Salamanca, está situada Ciudad-Rodrigo. Al columbrar sus murallas y al penetrar en su recinto, sigue en nosotros la visión salmantina. Sin embargo, es tan pulcra, tan exquisita, tan llena de emociones inesperadas la bella ciudad mirobrigense, que absorbe plenamente la atención con una fuerte atracción emotiva. Más tarde, descansando de este vagar por esos “campos”, que, ni son calles, ni son plazas, meditando sobre la belleza de esta imponderable y amurallada ciudad, pensamos sobre lo que en estética ciudadana puede y debe intentarse en tanto otros núcleos urbanos, y, con aplicación especial, en las viejas ciudades y pequeños poblados españoles.

En materia arquitectónica puede hablarse de dos modalidades de estética: la del *edificio aislado*, y la del *conjunto urbano*. A la finalidad de estas notas, no interesa el edificio aislado arquitectónicamente bello, pero sí interesa, sobre manera, el conjunto urbano en su expresión estética.

Pocas ciudades españolas podrán vanagloriarse, como ésta de Ciudad-Rodrigo, de poseer ese *conjunto*, que no lo produce exclusi-

vamente un buen número de edificios, que son, por sí propios, obras maestras de nuestra arquitectura.

La *Catedral*, ejemplo de arte religioso medioeval, rica en esculturas y prodigio de expresión, que se manifiesta—algún tanto jocosa—con inquietudes de moral teológica y múltiples leyendas, por sus piedras esculpidas, principalmente en el Claustro. La *Capilla de Cerralbo*, modelo arquitectónico de geométrica proporcionalidad herriana. La *Casa Municipal*, de elegante arquería renacentista. El *Palacio de Montarco*, que luce en su portalón las columnas salomónicas más estilizadas, y en su patio, coronando el pretil del pozo, el Yugo y Flechas, de austero hierro, en consonancia con la solemne austeridad de las galerías. La *Mansión de Altares*, tan atildada en su exterior como maravillosa en sus arquerías interiores. La Iglesia, neoclásica, de *San Francisco*, santo de cuyo recuerdo está impregnada toda la historia local. La mole románica del *Castillo*... Y otros, otros muchos edificios monumentales, de piedras tostadas, de bello trazado y rica ornamentación.

Todo ello, con ser mucho, no es, precisamente, lo que nos sorprende en Ciudad Rodrigo. Cuanto hemos anotado, y más, mucho más, es *edificio* aislado, monumento de arte logrado plenamente. Pero en esta ciudad encontramos, además, en una ponderación de exquisitez, la *distribución urbana* de todos estos edificios. Encontramos los *campos*, así llamadas las zonas libres de edificación, que surgen por doquier sin constituir verdaderas plazas; campos que, si son numerosos en cantidad, son mejores en su calidad estética. Encontramos *rincones*, con jardines, y fuentes, y estatuas, que infunden en el ánimo impresiones apacibles... Todo ése es el encanto de este pueblo, que ha sabido crear, en un lugar delicioso, esa plaza de soportales, centrada por una fuente bellísima, con faroles de afiligranada forja local, y que además se llama, en memoria de algo inusitado en las historias municipales, *la Plaza del Buen Alcalde*.

La consecuencia de nuestra meditación es obsesionante. No importa esencialmente, para la estética de la ciudad, la existencia de bellos edificios: importa más, infinitamente más, *la belleza del conjunto urbano*, belleza que está integrada por el encanto de las perspectivas, por la arquitectura de los edificios, tanto de los opulentos como de los humildes; por unos jardines sin pretensiones ampulosas; por unas cuantas fuentes, unas pocas y discretas estatuas; por unos soportales; por una especie de anárquica distribución de las edificaciones a que obliga la cintura de murallas; por unas construcciones

recientes y actuales, que no desdican del tono tradicional arquitectónico, del medio geográfico, del ambiente social...

Tal vez sea éste el secreto. Casi nos atrevemos a afirmar que es éste el motivo por el que nos atrae con tanta insistencia esta pulcra ciudad. *Sus actuales, sus recientes construcciones no desentonan* de aquellas otras que, en una serie sucesiva de siglos—del X al XVIII—se fueron levantando con ponderada distribución en el recinto amurallado.

Puestos a generalizar, a deducir consecuencias de esta meditación, llegaremos a una finalidad práctica. Es necesario *mantener* en aquellas ciudades y pueblos que lo tengan y a *crear* en aquellos otros que no los posean, una fisonomía, un carácter, un aspecto estético que estén en consonancia, o con sus tradiciones arquitectónicas, o con las características de su medio geográfico, o con los dictados de su ambiente social. Y cuándo ello no sea posible, esta estética de la ciudad debe estar inspirada en el espíritu de una audaz modernidad artística, totalmente renovadora y creadora de nuevas formas.

La conservación—o la creación, en su caso—de estos valores de estética urbana sólo puede conseguirse después de detenidos estudios, no sólo sobre el edificio aislado, sino también, y principalmente, sobre los conjuntos urbanos, estudios que en todo caso habrán de estar impregnados de un deseo altamente depurado por sentimientos profundos de estética urbana.

He aquí una de tantas tareas magníficas a realizar por nuestro Instituto de Estudios de Administración Local. Encauzar la afición artística hacia la estética urbana; empezar a plantear, para llegar a resolver, estos aspectos de la urbanización; intentar conseguir que sea factible el que tantos pueblos, villas y lugares españoles pierdan ese sello de incuria, de abandono, de negación a toda belleza, que los hace, por sólo este hecho, despreciables. Al meditar sobre estos motivos nos referimos exclusivamente a los núcleos urbanos de poca o mediana población, puesto que en las grandes ciudades ya se siente este problema, y sentir una cuestión es estudiarla y atenderla. Pero existen infinidad de pueblos, ciudades y villas de España donde hay tradición arquitectónica, hay base geográfica, hay ambiente social, en donde nada se hace ni se siente y en donde no sería difícil ni costoso evitar la pérdida de su carácter y de su fisonomía estética.

* * *

Hacemos punto a estas consideraciones porque es hora ya de salirnos de nosotros mismos, de reposar nuestro divagar y de hacer saltar nuestras miradas sobre las murallas para contemplar el río,

bordeado de alamedas, atravesando un puente romano. El paisaje está encuadrado por los ventanales del Castillo (hoy Parador de Turismo), y de este modo queda determinado en rectángulos perfectos. La geometría da dimensiones al paisaje y lo hace asequible. Este río, este cauce sinuoso, estas alamedas, este puente romano, y en la lejanía los bosques negruzcos de encinas, constituyen la última estampa que aprisionamos, con delectación infinita, para que nada falte a nuestro recuerdo de Ciudad-Rodrigo, conjunto urbano modelo de estética ciudadana.

MANUEL CASTRO REÑINA